

La página viva

Mark Twain “filma” al coyote

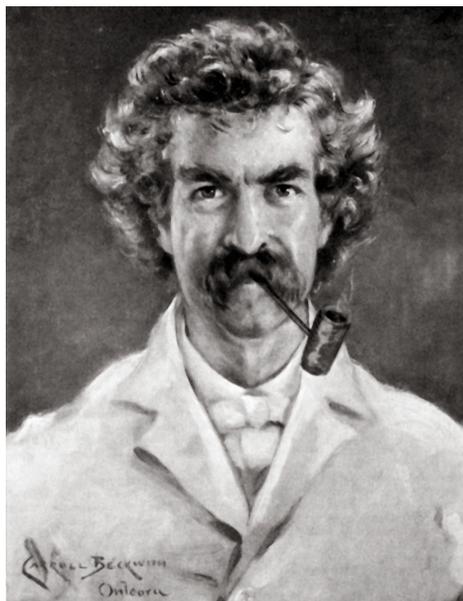
José de la Colina

El coyote no es ni un animal respetable ni una bestia hermosa. Es un esqueleto largo y fino, de apariencia triste, encima del cual se habría tendido una piel de lobo gris con la vistosa cola hinchada arrastrada por el suelo y con un aire desesperado de abandono y miseria. Tiene los ojos vergonzantes de una mala persona, la cabeza larga y aguda, los hocicos ligeramente remangados y los dientes al descubierto. Todo su ser es furtivo y siempre está en desgracia, siempre pobre y sin amigos. Los animales más viles lo desprecian, las pulgas serían capaces de abandonarlo para saltar a una bicicleta y parasitarla. Es tan cobarde y tan poltrón que cuando amenaza con los dientes, sus cuartos traseros parecen presentar excusas.

Al verte, el coyote remanga aún más sus belfos, luce los dientes al sol y emprende un largo y suave trote, lanzándote de cuando en cuando una mirada por encima de su lomo mientras pone alguna distancia entre él y tú. Entonces deja de trotar y te examina concienzudamente. Trota cincuenta metros más, vuelve a detenerse, luego otros cincuenta más, y hace una nueva parada. Finalmente, su grisura se confunde con el gris de los brezales, y desaparece.

Todo esto ocurre cuando no le demuestras hostilidad. De lo contrario, pone más ardor en la carrera, electriza las patas, poniendo tal espacio entre su cuerpo y tu arma que cuando te das cuenta de que para alcanzarle necesitas una carabina, cuando lo tienes en el punto de mira de ésta, comprendes que te hace falta un cañón y, si te decides a disparar, descubres que solamente un rayo podría alcanzarlo allí donde está corriendo.

Mark Twain, *Roughing it*.
(Versión de J. de la C.)



Mark Twain

Samuel Langhorne Clemens, nacido y muerto entre dos apariciones del cometa Halley (1835-1910), pasó la adolescencia en un pueblo de Missouri, recorrió en la juventud pueblos, llanuras y montes del sur y del oeste de los Estados Unidos, fue tipógrafo, navegador fluvial (en el Mississippi), buscador de oro en los montes y los ríos, secretario de algún político menor y periodista de villorrio, etcétera, ejerciendo el vagabundaje y empleos transitorios antes de publicar a los treinta años su primer cuento: “La celebrada rana saltarina del condado de Calaveras”, que lo descubrió al público y a sí mismo como el escritor “Mark Twain” (según el seudónimo, ¿o heterónimo?, sugerido por la jerga técnica del pilotaje en el Mississippi). Narrador perspicaz y humorístico, cronista de firma bien pagada y muy disputada en los medios de la prensa estadounidense, fue conferencista itinerante ante

grandes públicos deseosos de gozar su gran arte de la crónica improvisada y su talento de lector-actor. El merecido renombre de novelista lo debe a la publicación de dos novelas de aventuras hogareñas y fluviales en las que narró, magnificándola, ironizándola, enterneciéndola, su adolescencia al lado de la poderosa corriente del Mississippi: *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y, sobre todo, la portentosa *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), una “novela-río” no tanto por su extensión como por la corriente de hechos y de personajes que fluye en ida y vuelta por el largo y ancho río y sus riberas: una gran tajada de la humanidad norteamericana de entonces, vista a la vez con afilado realismo y con humor entre gris y negro.

En la vigorosa y a la vez divertida crónica de su mocedad aventurera a través de las llanuras y los villorrios del oeste, publicada con el título intraducible de *Roughing it* (hay edición española con el título de *La vida dura*), Twain incluyó, entre otras páginas tan barrocas y enérgicas como divertidas, un magistral y casi quevedesco retrato del coyote frecuentador de duros paisajes entre horizontes enormes. La página es buena muestra de un arte simultáneo de la descripción / narración, de la prosa en movimiento y de una hábil graduación progresiva del punto de vista narrativo que anticipa la técnica visual del cine: se diría que, mientras el coyote huye burlándose de la mirada humana, Twain, con una prosa fluida y vigorosa, lo “filma” en *travelling* y alternativamente captado en el *big close-up* o en diversos *medium-shots*, y luego, ya lejano, en un *big long-shot* en el que, gris en lo gris, se pierde de vista para el cronista perseguidor y el lector maravillado. **U**